

El Gran Diamante

Mogol

Por Iván Moncada

El Gran Diámante Mogol

Buenos días, Princesa

Capítulo 1

Año 1635, poblado de Jhensai, India.

Con las primeras luces del alba un joven hindú, llamado Yamir, se alejaba de su casa camino de las minas de Gani. Como cada día, Yamir recorría una gran distancia con la esperanza de poder encontrar alguna piedra preciosa extra-yéndola a escondidas de las minas y cuevas colindantes a la mina principal para así poder ayudar a su madre, hermanos y hermanas, ya que las guerras en la India habían dejado gran pobreza entre las clases bajas por todo el país.

En Gani la seguridad se había incrementado debido a la última veta de gemas encontrada, pues se habían extraído una gran cantidad de diamantes de buena calidad y tamaño. Algunos de ellos llegaban a superar el tamaño de un pulgar.

Tanto Yamir, como muchos otros jóvenes hindúes, escudriñaban diversas cavernas en el lado opuesto de la montaña donde se encontraba la gran mina, recurso inagotable de riqueza, que era explotado escrupulosamente bajo las órdenes enviadas desde palacio. Siempre se quedaba alguien vigilando para avisar en caso de que los guardianes apareciesen, ya que si los capturaban serían duramente castigados, tal y como hicieron con el pobre Shajal, al que amputaron ambas manos.

Apenas con visibilidad suficiente para andar debido a la densa niebla que esa mañana lo cubría todo, Yamir no podía distinguir bien la senda que a diario le conducía al lado oeste de la gran mina. Mientras caminaba comenzó a sentir la extraña sensación de que algo era diferente, nadie más seguía la senda, incluso los usuales sonidos de la jungla parecían haber desaparecido, apenas se oían gritos, graznidos, o alguno de los muchos ruidos que acompañan a toda aquella inmensa vegetación y a sus habitantes.

Yamir siguió caminando a pesar del escalofrío que recorría todo su cuerpo debido a aquel silencio, pero la necesidad de encontrar alguna pequeña piedra para vender y poder mantener a su familia durante algunas semanas era más fuerte que su creciente miedo.

Una vez llegó a la entrada de la cueva la niebla se dispersó un poco y la visibilidad de la zona mejoró bastante. Se disponía a entrar cuando, de repente, se dio cuenta de que esa no era la cueva donde normalmente él y otros de los buscadores de gemas acostumbraban a excavar. La entrada de la cueva era angosta, húmeda y de su interior emanaba un aire muy cargado.

Normalmente, en todas las cuevas en las que Yamir había estado, el aire siempre era pesado y se respiraba un ligero olor a fruta podrida además de otros olores típicos del interior de la tierra. Pero ésta era distinta, el olor era ácido, parecido al de los excrementos de los animales que el viejo Khairú tenía en el poblado.

Aún así, Yamir entró y comenzó a descender poco a poco por la gruta de entrada. Quizás nadie hubiese estado todavía allí y él pudiese encontrar algunas buenas piedras, pensó Yamir. En las otras cuevas ya quedaba poco por encontrar debido a la cantidad de buscadores que diariamente excavaban allí. Además, cada vez

resultaba más difícil, pues se habían formado bandas y acaparaban las cuevas más prósperas.

A medida que descendía por la cueva, el aire era cada vez más limpio, cosa extraña, ya que normalmente solía ser al contrario. Tras pasar por diversos túneles encontró una gran gruta que daba a una inmensa cámara natural, en donde la lámpara de aceite que usaba apenas alcanzaba a alumbrar el techo y el suelo, quedando una gran parte sumida en la más profunda oscuridad.

Yamir se acercó a una de las paredes para inspeccionarla y raspar su superficie con el cuchillo que portaba en su faja, y así, poder examinar sobre su mano la arena producida y poder averiguar si habría posibilidad de encontrar algún diamante. Cuanto más oscura fuese la tierra, más probabilidad tendría de encontrar uno, ya que generalmente se encontraban enterrados en ese tipo de tierra o, al menos, eso era lo que contaban los buscadores de diamantes de la mina de Gani, quiénes trabajaban casi como esclavos y sin apenas contacto con el exterior por orden del mismísimo Shah. Algunos de ellos, ya viejos y expulsados de la mina por no poder trabajar con la fuerza y la rapidez de los jóvenes, contaban historias sobre las piedras preciosas encontradas y la forma de dar con ellas mientras estuvieron trabajando allí. A cambio, claro, de que alguien les pagara un poco de vino de palma.

Al comprobar el color de la tierra Yamir comenzó a raspar la roca más profundamente a la vez que examinaba con cuidado cada puñado de tierra desprendido. Después de un rato sin resultados, y parando para descansar un poco, escuchó el inquietante grito de algún animal. Era tremendamente agudo, aquel sonido casi congeló la sangre de Yamir. Esperando inmóvil un momento para comprobar de donde provenía el sonido, éste se repitió de nuevo, esta vez más alto y cercano. Yamir se puso automáticamente de pie dejando caer sin querer su cuchillo y su lámpara al suelo, y apagándose ésta con el golpe.

Pasados unos segundos, y cuando la vista de Yamir se hubo adaptado algo mejor a la falta total de luz, comenzó a percibir algo extraño y a la vez asombroso. Había brillos, pequeños brillos de luz que destacaban de la oscuridad en el fondo de la cueva.

Rápidamente, se agachó para recoger la lámpara y encenderla de nuevo. Entonces, el grito se escuchó otra vez, ahora muchísimo más cerca. El animal que emitía aquel sonido se estaba acercando, estaba adentrándose en la gruta que daba acceso a donde él estaba. Quizás ésta sea su guarida, pensó Yamir, habiendo encendido ya la lámpara y ahora dirigiéndose hacia el fondo de la cámara en donde había visto aquellos brillos.

El camino era peligroso, las rocas del suelo estaban muy afiladas y las sandalias de Yamir se escurrían constantemente, aunque el temor infundido por los alaridos de aquel animal le empujaban a continuar la marcha sin detenerse en busca de un sitio donde poder esconderse. Casi llegando al final de la cámara, tras una gran roca, Yamir encontró un escondrijo, se arrodilló y apagó su lámpara. Esperando al paso del animal, y en completo silencio, apoyó su espalda contra la fría y húmeda roca.

Ahora, con la llama de la mecha de su lámpara extinguida por él mismo, comenzó a ver nuevamente los tintineantes destellos de luz. Estaban por todas partes. Era como mirar hacia el cielo en una noche despejada y ver todas las estrellas del firmamento.

Yamir estaba totalmente aterrorizado por aquellos intensos y estremecedores gritos, que ya se oían dentro de la misma zona en donde él estaba. Por un momento bajó su mano hacia los destellos que procedían del suelo y llenó la palma con un poco de arena. Alzándola después cerca de su cara para ver qué era lo que tanto brillaba, lo vio. — ¿Gusanos? ¡Son gusanos! — Se dijo a sí mismo mientras tiraba rápidamente la arena de su mano y se la limpiaba

en los pantalones — ¿Gusanos que brillan? — Se preguntaba a sí mismo, Yamir nunca había oído hablar de gusanos que brillasen en la oscuridad.

De repente, el ruido de unas piedras desprendiéndose a pocos metros de él, hizo que todo su cuerpo se tensara. El animal estaba al otro lado de la roca donde Yamir se escondía. Durante un momento aguantó la respiración para no hacer ningún ruido. Los segundos se hacían eternos. Cuando ya no pudo más, comenzó a soltar el aire de sus pulmones muy lentamente. No se oía nada, los gritos y ruidos que el animal había estado haciendo habían cesado. No sabía qué hacer. Permaneció inmóvil durante un largo rato, respirando muy despacio para evitar hacer ningún ruido. La ausencia de sonidos, a excepción de los producidos por él mismo, hacía aumentar su ansiedad. Sentía estar al borde de un abismo, el mismo abismo que los ancianos describían como la entrada al infierno eterno por el que caen los que no respetan las sagradas leyes y mandamientos, historia que contaban para amedrentar y tener a raya a los niños.

Después de haber pasado bastante tiempo, aunque sin saber exactamente cuánto debido a aquella situación, decidió moverse para salir de allí. Lentamente se incorporó para ponerse de pie con la espalda todavía pegada a la pared de la roca. Las piernas le temblaban y un terrible hormigueo se había apoderado de ellas. Estar tanto tiempo agachado se las había entumecido.

Inclinándose, comenzó a frotarlas despacio para despertarlas sin hacer demasiado ruido, a la vez que recogía la lámpara del suelo.

Irguiéndose ahora totalmente, levantó el cristal de la lámpara para dejar la mecha al descubierto y encenderla de nuevo. Una pequeña y tenue llama comenzaba a crecer paulatinamente

haciendo que Yamir tuviese que cerrar levemente los ojos, pues tanto tiempo a oscuras había hecho que la luz le molestase.

Dispuesto a bajar el cristal de la lámpara para evitar que ésta se apagase, sucedió algo. Se quedó asombrado y sin apenas tiempo de reaccionar. Delante de él, y casi pegado a su lámpara, apareció el rostro de una joven mujer hindú con enormes ojos negros y tez pálida, que mirándole fijamente a los ojos, sopló sobre la llama de su lámpara apagándola totalmente.

Yamir intentó desplazarse hacia atrás asustado por aquella visión, pero no le dio tiempo, una fuerte presión en el lado derecho de su cuello le inmovilizó. Sin saber qué pasaba, y de nuevo en medio de aquella terrible oscuridad, Yamir comenzó a marearse y a sentir náuseas mientras que escuchaba una dulce voz de mujer que le susurraba sin palabras, directamente dentro de su cabeza.

—Llévasela Yamir, llévasela al Shah, tienen un largo camino que recorrer.

En cuestión de segundos, Yamir dejó de sentir el fuerte dolor transformándose ahora en una agradable sensación de calor que recorría y calmaba todo su cuerpo hasta que perdió totalmente la consciencia.

Capítulo 2

3 de febrero de 1655. Londres.

Era una noche gélida y ya de madrugada, una combinación peligrosa para deambular por las calles en Londres, más aún en la ribera del Támesis, frente al puerto, donde malas gentes, ladrones y asesinos se reunían y pasaban la noche peleando por botines, deudas y territorios por controlar.

En diversos grupos se hablaba de un rumor que poco a poco había ido creciendo en los oscuros rincones de la ciudad. Se hablaba de un nuevo preso que había llegado a la Torre de Londres, cárcel de la que pocos salían con vida.

Dicho preso, fue traído a escondidas y en plena noche. Esto había ocurrido hace ya un par de días. Los guardias de la Torre habían comentado por ahí que el preso fue trasladado en un carro tirado por bueyes en lugar de caballos, algo poco usual, y que la jaula era distinta a las habituales. Tenía muchos más barrotes que las jaulas de reos comunes, casi tantos que no se llegaba a distinguir a la persona enjaulada. Una vez dentro, el preso fue llevado a la peor de las celdas, la más apartada de la superficie, de la que decían que ni siquiera se podían oír los gritos de los torturados debido a su profundidad, al estar construida en los cimientos de la

Torre. El espesor de las paredes tenía al menos cuatro metros y apenas llegaba el aire. La humedad y el calor que allí había podían matar a un hombre en sólo unos días.

El trayecto desde el establo hasta la puerta de entrada del edificio principal fue algo singular y nunca visto antes, puesto que el preso fue guiado por monjes y no por guardias, usando largos palos sujetos con cadenas de duro acero a su cuello y a su cintura, mientras entonaban un cántico en una lengua jamás escuchada. Minutos más tarde desde que el preso estuviese encerrado y custodiado, el comandante al cargo de la Torre llegó con un nuevo grupo de hombres para realizar el cambio de guardia, algo extraño según contaban, ya que éste se debería haber hecho por la mañana. Ninguno de los guardias que iban a ser relevados conocía a los que llegaban.

— Dicen que no son de aquí, son soldados mercenarios traídos desde España — dijo uno de los delincuentes que estaba calentándose junto al fuego, al que llamaban Ian Black por el oscuro color de su piel.

— Y tú ¿cómo sabes eso? — preguntó uno de los hombres que escuchó la historia de Ian.

— Uno de los guardias que fue relevado esa noche lo comentó en la taberna al día siguiente de lo sucedido — replicó Ian.

— ¿Y dijo por qué españoles? No necesitamos extranjeros en nuestra tierra, ¿no estamos en guerra con ellos?

— No lo dijo. Pero sí dijo que no les han proporcionado albergue, vivirán todos ellos en la Torre — respondió Ian.

— ¿En la Torre? ¿Con los presos? — preguntó sorprendido otro del grupo.

— Sí, y además dijo que la despensa de la Torre fue llenada, a petición de ellos y bajo el consentimiento del comandante, con

carne de buey y caballo – comentaba Ian con expresión de incredulidad, relatando lo que él había oído.

– ¿De buey? ningún guardia puede pagarse carne de buey, solamente los nobles pueden comer carne todos los días, y no todos – exclamó entre risas el primer hombre que comentó lo que Ian les estaba contando.

– Lo sé, pero según dijo, ya que estaba bastante borracho y hablaba por los codos, es su salario, carne de buey y caballo a diario y diez peniques a la semana.

– Algo está pasando, esto no me gusta, habrá que estar con los ojos bien abiertos – terminó diciendo uno de ellos.

* * *

Ya por la mañana, con las primeras luces del día, comenzó el despertar de la ciudad. Las calles de Londres comenzaban a cobrar vida con gente de aquí para allá, tenderos azarosos colocando sus puestos en el mercado central de la plaza y lonjas locales abriendo sus puertas. Los olores de los puestos y las primeras hornadas de pan recién hecho de las panaderías inundaban las calles y hacían rugir los estómagos de los hombres que las recorrían para ir a sus trabajos, al igual que el de las mujeres, que a toda prisa acudían a las casas de los más favorecidos para servir en las labores domésticas. Otros muchos, simplemente deambulaban por las calles intentando llevarse algo a la boca, ya fuese trabajando de forma esporádica en el puerto, en tierras de labranza cercanas o mendigando por las calles. Aunque también en otros casos robando, como Ian Black acostumbraba a hacer junto con otros esbirros de su calaña.

En *Baker Street* estaba la panadería de Tom Miler. Tom, su esposa Ernest y su hija Desirée habían estado calentando el horno

de pan como cada mañana. Primero hacían un gran fuego con leña cuidadosamente seleccionada en el centro del horno, una vez el fuego reducía la leña a ascuas añadían un toque de hierbas aromáticas apartando entonces las ascuas al fondo del horno e introduciendo después los pedazos de masa preparados para hornear.

Las hogazas de pan de Tom eran conocidas en todo Londres por su espléndido sabor y por su singular textura, al igual que su hija Desirée por su deslumbrante belleza. Era una joven de dieciséis años recién cumplidos que traía locos a todos los jóvenes de alrededor, que incluso se ofrecían a ir a comprar el pan a sus vecinos para así poder ver a la chica más veces cada día. Desirée no estaba interesada en ninguno de ellos, de hecho no estaba interesada en hombres en absoluto, ya que pensaba que era aún muy joven para eso y todavía no había sentido nada en especial por ningún joven. Además su madre insistía en que esperase más tiempo, sobre todo para ver si algún joven de buena posición se fijaba en ella por su belleza y bonito cuerpo y así evitar que su hija tuviese que trabajar tan duro como ella para poder comer cada día. Su padre por el contrario, estaba impaciente por casar a su hija y poder así disponer de un par de brazos más que le ayudasen en la panadería.

Desirée era una chica bastante alta, con piel pálida y cabellos rizados color oro. El color de sus ojos era gris con toques de amarillo miel que recordaban a los primeros días de otoño. Su cuerpo tenía unas curvas muy pronunciadas, resaltadas aun más por una cintura realmente estrecha. Sus pechos eran lo suficientemente grandes y erguidos como para atraer a todos los hombres que se cruzaban a su paso. Algunos de ellos, con disimulo por estar acompañados de sus esposas, miraban a la preciosa hija del panadero de reajo.